



## **PREGÓN DE SEMANA SANTA 2007**

**Rvdo. Sr. D. Ignacio Sierra Quirós**

*Pregón de la Semana Santa de Córdoba 2.007 pronunciado el pasado día 24 de marzo de 2007 en el Gran Teatro de Córdoba por D. Ignacio Sierra Quirós, sacerdote y cofrade de las Hermandades del Huerto, Vera Cruz y Sagrada Cena. El pregonero fue presentado por Monseñor Don Juan Moreno Gutiérrez.*

### **Presentación**

"

El pregonero a quien tengo el honor de presentar es un sacerdote cordobés joven pero bien curtido ya en todo lo que las hermandades tienen de espiritualidad, historia, pastoral, aspectos organizativos, expresiones artísticas, dimensión popular, etc.

Nacido hace treinta y cuatro años en Alicante, por razones familiares, se siente profundamente cordobés, mariano y cofrade; como ya nos consta a todos los que le vimos entrar con dieciocho años en nuestro Seminario Conciliar de S. Pelagio, donde cursó todos sus estudios.

Desde su ordenación sacerdotal en julio de 1997, ha regentado las parroquias de Sta. Eufemia y S. Pedro de Villaralto durante algo más de cinco años y a continuación pasó, el 26 de enero de 2003, a su actual cargo de Párroco en Castro del Río.

Tiene la suficiente personalidad como para dejar huella pastoral y alegría en los ambientes parroquiales que cultiva y goza de un arte especial para conjugar fe, piedad, arte y populismo sano en toda su actividad sacerdotal.

En este sentido habla su remodelación de diversos templos, su gusto por la liturgia y el cuidado de ella, su papel decisivo en la fundación de la Cofradía del Santo Sepulcro y María Santísima de los Dolores en Villaralto y la procesión del Santo Sepulcro en Sta. Eufemia.

La primera predicación en público la tuvo en el quinario del Señor de la Oración en el Huerto de la Parroquia de S. Francisco de Córdoba. Desde entonces, aunque intenta no prodigarse dadas sus obligaciones

parroquiales, nos tiene acostumbrados a escuchar en su palabra vibrante y un tanto barroca una doctrina sencilla sobre los grandes misterios de la vida del Señor y a notar un gran entusiasmo y devoción a la Santísima Virgen en sus distintas advocaciones.

Creo no haber exagerado, de todos modos Uds. lo van a experimentar enseguida porque nuestro pregonero tiene ya la palabra.

"

## Pregón

"

Quando llega la Cuaresma, muchas hermandades deciden vestir la imagen de María santísima de hebrea; más natural, como de andar por casa. Yo la imagino así de cercana y humilde los días previos a la Pascua, siguiendo a su Hijo entre la agitación de templo purificado tras la expulsión de los mercaderes, en las idas y venidas desde Getsemaní hasta la casa de Juan Marcos, desde Betania hasta el centro de la Ciudad Santa, en las compras de última hora en la plaza grande, pelo recogido, canasto de mimbre para la cena más importante del año.

Para esa cena pascual te podrás lo mejor que te permita tu digna pobreza y tu humildad, pero el camino hacia Jerusalén y el trabajo de la Cuaresma exigen la alegre pobreza del vestir más sencillo.

Sí, mi niño Rafael, cuando la Virgen se viste de hebrea, a tu tito le parece más mamá del cielo, más mamá en la tierra, porque los colores de María en cuaresma muestran más de lo que aparentan. El manto azul noche me dice que puede ser de noche, pero que ahí está el cielo, al alcance de la vida de los hombres, aunque es de noche:

“Qué bien sé yo la fonte  
que mana e corre  
aunque es de noche.”

Las sayas lisas, color de grana, como la tierra y la sangre, como tu tierra, niño, y como tu sangre. El color cuenta que María es de los nuestros, la mejor de los nuestros, pero de los nuestros; de esta sangre, de esta carne, de la misma carne y sangre que tomó su Hijo para ser el Dios infinito que, al encarnarse, se hace niño chico como tú, de carne como tú, de sangre como tú. El cielo ha envuelto, en María, a la tierra y la ha asumido para sí.

“Aquesta eterna fonte está escondida  
que bien sé yo do tiene su manida  
aunque es de noche.”

Ya sé, que lo que más te llama la atención es el colorido vivísimo, casi alegre del fajín de colores. Del color de la penitencia y del color del oro celestial es. Los colores son la Gracia, que la Gracia es de colores. María nos muestra el camino de la vida en Gracia, porque ella es la Gratia plena. La tiene toda, porque Dios la quiso así, pura, limpia y llena hasta rebosar del Divino amor. Muchos amigos nuestros, de los que están hoy aquí, han descubierto que es posible volver la vida como fajín de hebrea, volver la vida de colores. Y han aprovechado

la oportunidad que la Iglesia les ha brindado en los Cursillos de cristiandad. El método, el más sencillo; el resultado, a la vista está: pregunta a Antonio, a Juanmita y a Jesús, a Estéfani, a Susito, a Inés y Juan, y a todos los jóvenes cofrades del Cerro, del Señor de los Señores, del Prendimiento, qué han descubierto en la Casa de San Pablo: que el único capaz de animar la vida es Cristo y su ideal, él es el único capaz de rodear tu existencia con un fajín de Gracia, de colores, como María.

“Aquesta eterna fonte que deseo  
en este pan de vida  
yo la veo,  
aunque es de noche.”

Esa gracia es la que nos permite pasar a honduras mayores, al blanco del tocado que envuelve esa ventana hacia el cielo que es el rostro de María en capillas y palios, blanco del alma limpia, de tu alma preparada por Dios desde antes de la Creación del mundo, ese blanco de la Purísima, que puede ser el blanco del alma del cofrade bien preparado, de veras confesado y reconciliado con Dios, su Iglesia, los hermanos. Y por la confesión, al blanco de la Comunión Eucarística. De la confesión hablo ahora, que es el único modo de terminar bien la cuaresma. La mejor bajada del cero se vive de rodillas, ante el confesor y con sinceridad, destapando el alma ante Dios, que de verdad nos puede ayudar a hacernos la ropa bien hecha, sin correr el peligro de que una mala arruga en el alma estropee la estación de penitencia de la vida... fajados de misericordia por el perdón y fortalecidos por la comunión comienza la Semana Santa con el firme propósito de una vida, a partir de ahora, verdaderamente santa.

No me he olvidado de dos detalles, no. Los he dejado para el final: en las manos de María hay una terrible corona de espinas ¿Suya? –Sí. ¿De su Hijo? –Sí. ¿Nuestra? –Sí, sobre todo, nuestra. ¿No acabas de confesar? Has dejado tus pecados en manos de María. Ya se encargará la Iglesia, María, de ellos. Acabas de confesar: tus pecados quedan perdonados, deja tus dolores en sus manos, y deja que te vende las heridas con el rosario. ¿Con el rosario? Mira, es tan sencillo, de madera, que apenas se ve, casi oculto entre las ropas. Es como una cadena, para que te agarres confiado y subas curado hasta la contemplación del dolor resucitado, del pecado perdonado, de la vida restaurada, misterios nuestros de gozo, de luz, de dolor que conducen a la gloria. Con el santo Rosario se vendan heridas y se sube. Se sube al cielo, con María, con la vestida de hebrea.

De hebrea, si cabe, estás más cercana,  
al trocar tu corona  
por purísima aureola de estrellas;  
de hebrea más humilde sierva;  
vistoso el fajín,  
chiquito el tocado;  
que de hebrea eres pequeña;  
manto liso, duro espino;  
de hebrea, mujer y judía,  
de hebrea, pobre en tu limpieza,  
de hebrea, de pueblo;  
de hebrea, de aldea;  
de hebrea, María,  
tú, Mamá,  
tú, de hebrea.

Excelentísimo y reverendísimo señor Obispo, excelentísima señora Alcaldesa, monseñor Moreno, padre, modelo, mentor y generoso presentador de este pregonero, ilustrísimo señor Presidente de la Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba, excelentísimas e ilustrísimas Autoridades Civiles y Diocesanas, venerables hermanos sacerdotes, señores Hermanos mayores, cofrades, cordobeses, feligreses, amigos y familiares; mi muy querido sobrino Rafael:

Hace casi dos años fuiste un regalo de Dios para tu familia, que te esperaba ansiosa como fruto del amor y la generosidad de tus padres, también como consuelo y luz tras el sufrimiento de todos, pero especialmente de tu madre, al ver que la providencia divina había dispuesto otro camino, más glorioso y rápido, para las dos niñas que hoy velan por nosotros como intercesoras desde el Cielo. Tu nombre cordobés -Medicina de Dios- habla de lo que eres, y de la esperanza que todos hemos visto cumplida en ti, gracias a la intercesión de María Santísima y del otro Rafael de casa, el tito mártir.

Querido niño: el domingo que viene contemplarás en tu Córdoba una transformación operada por obra y gracia de esa divina providencia que ha hecho cristianos y barrocos a los andaluces. Contemplarás con tus ojos que parecen saber buscar más allá de la material apariencia, que escudriñan ansiosos en busca del menor atisbo de ternura, el testimonio de un pueblo creyente que celebra el gran acontecimiento salvador que transformó sus vidas, el principio y fundamento que alienta la existencia de cada cristiano que se goza en el triunfo del amor sobre la ingratitud, de la libre entrega de Cristo obediente sobre la autoafirmación ficticia y la desobediencia del hombre tentado; que celebra la victoria de Dios, que se ha acercado al hombre para sanar su corazón afligido por el mal que experimentamos como un agujón incrustado en el centro de nuestra vida; Dios que viene disipando con su luz las oscuridades y tinieblas aterradoras que se ciernen sobre el que sufre sin conocer, ni de lejos, el sentido del dolor; triunfo de Dios que se ha derramado en el anonadamiento más absoluto.

Mira, chico, Córdoba celebra al que se rebajó hasta el abismo excavado por los hombres para rescatarnos y elevarnos hasta alturas insospechadas creadas por Él. Felicidad verdadera, tan cierta que nos hace capaces de vencer, con la fuerza del Espíritu, el dolor y mal que nos rodean, porque la victoria de Cristo es nuestra, al haber sido insertados, por el bautismo, en el misterio de su Pasión, Muerte y Resurrección que ahora conmemoramos.

Y así, Rafa, irás descubriendo con el paso de los años la verdad de la que nacen las procesiones: necesitamos manifestar nuestra íntima implicación en cada uno de los pasos de la Salvación operada aquella primera Semana de Nisán; queremos venerar rememorando aquello que hemos visto y oído, que me amó y se entregó por mí. Que no se puede ser cofrade sin ser cristiano, pues no se puede ser hermano de quien no compartes el mismo Padre.

Cuando la fe es madura, no se puede esconder en el último reducto del vivir; sale a la calle y toma posesión de Colonia Patricia, de su sociedad, de su cultura, del trabajo y del tiempo libre. Así lo hicieron nuestros mayores, y convirtieron los días de la Semana Mayor en una manifestación pública de adhesión a los Misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo; también en una catequesis plástica, sin palabras, que calaba en lo más profundo del sentir, del gustar, del saber de los más humildes y evangelizaba a través de los sentidos.

Así nos ha sido entregada la tradición de la Pascua cordobesa: en primer lugar, renovamos y alimentamos la verdadera fe en las celebraciones litúrgicas que actualizan nuestra salvación obrada en Cristo; en segundo

lugar, conmovidos por el amor crucificado y resucitado, nos echamos a la calle, para seguir orando agradecidos por el don recibido y para invitar a todos nuestros hermanos a vivir del Misterio de la Salvación sabiéndose amados, perdonados, reconciliados por la entrega generosa de Aquel que “muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida”.

Yo quisiera, ‘Cocodrilo’, que nos adentrásemos en estos misterios como en un rato de oración y acompañásemos, junto a todos estos amigos, al Señor Jesucristo y su Bendita Madre por las luces y las sombras de su Pasión resucitada, de sus dolores gloriosos. De modo que ponte serio y deja ya de pedir cera, que sabes que a tu madre le da muchísimo coraje que interrumpan su oración cuando lleva cubrerostro y siéntate un poquito en el palco junto a tu madrina y tu abuela, que te van a contar muchas cosas del dolor y del amor de este Dios hecho hombre, y hombre muerto. Mira, mira la urna nueva y su paso de plata: viene como un relicario precioso con el cuerpo del Señor, también ayer lo viste un momento cuando pasó muy cerca de tu casa. Venía en otro relicario tan espléndido que hacía bella la languidez del cuerpo exánime del Nazareno: en los brazos de su Madre, María santísima de las Angustias. Patio de las cinerarias, rejas de don Gome. ¡Qué muerte tan bella! Vuelve al Barrio, a dar una vuelta, ella también se fue, dejó su casa de vecinos en San Agustín buscando las comodidades de casa mejor; y san Agustín se hundió. Sin la Virgen se hundan el barrio y la vida, y el templo, claro; aunque los últimos vecinos, sin rendirse, a fuerza de macetas, sujetan con esperanza, aunque sin Las Angustias, un poco de tierra donde puedan florecer vida y fe para el mañana de Córdoba. Rosas de color rosa que están muertas. Pozanco resucitado por la presencia de la Rosa de color rosa muerta y viva. Semana santa de tentación y victoria, de caída y fortaleza, de soledad y alegría, “Y muerto el que es la Vida, triunfante se levanta.” ¿Qué hacemos aquí? -Preguntas- ¿Por qué esta semana es distinta a todas las demás? ¿Para qué sufrimos y sufren, y trabajan generosamente los hermanos que se empeñan en hacer posible el milagro de la fe en la calle? ¿Cuál es nuestro punto de partida? Pero, ¿tiene sentido ser cofrade hoy, en esta Iglesia y en este mundo?

En los momentos previos a su Pasión, el Redentor del mundo quiso que sus discípulos fuesen testigos de su conmovida oración al Padre; y uno de ellos, el discípulo a quien tanto quería, recogió en su versión del Evangelio y nos legó el mandamiento último de Jesús: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”

“Y tu, Juan que a tanto amor  
con amor correspondiste,  
y la vida entera diste  
por tu Dios y tu Señor,  
enséñame a caminar  
por donde tú has caminado.  
Enséñame a colocar  
la cabeza en su costado.”

No dice Cristo en su Última Cena “amaos mucho”; dice “como yo”, esto es, hasta la crucifixión. Y continuó elevando su oración al Padre, solicitando para nosotros el auxilio divino, porque sabía que la encomienda es difícil, porque sabía que tarde o temprano, los suyos podíamos flaquear en la tarea del amar sin medida.

Cuando celebremos los Oficios y oremos ante el Monumento, renovemos todos nuestro deseo de vivir la comunión que nace de la caridad. Impulsemos nuestro testimonio de amor fraterno que nos hace responsables los unos de los otros. Y salgamos a la calle, a mostrar a todo un pueblo agolpado en las aceras cuánto y cómo nos ama Dios, dando testimonio de que es posible construir un mundo nuevo, su Reino. Y tiene sentido nuestra ilusión y nuestro trabajo, signos de nuestra fe, esperanza y caridad.

Será un testimonio creíble y efectivo, porque dirán: “mirad cómo se aman”. Podemos abrazarnos unos a otros porque Cristo nos abraza con sus manos extendidas desde la Cruz y nos reconcilia. La primera verdadera estación de penitencia la realizó san Álvaro de Córdoba al cargar sobre sus hombros a aquel pobre moribundo. El pobre es Cristo. Muchas hermandades, y destaco aquí a la Sagrada Cena, realizan dos o más estaciones de penitencia al año, su salida procesional y otras más importantes, esas que se realizan entre los acogidos por los hermanos de la Cruz Blanca o en el comedor de los Padres Trinitarios, entre los cristos vivos. Podemos amarnos unos a otros, porque ha elevado su oración a Dios Padre y ha ofrecido su Vida “para que todos sean uno”.

“Es tu cruz atril bendito,  
y tu estás abierto en él,  
como un misal infinito,  
que con gotas de sangre y hiel  
por el hombre ha sido escrito.”

Al terminar la densa celebración de los Oficios, dramática y bellísima liturgia, continuamos celebrando la vida, ayudando a Cristo para que ahora se ofrezca hasta en las plazas, “si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí”. Un cortejo nazareno viste el Realejo de colores penitentes y gloriosos. Una cometa toca a oración en el Calvario de Mirabueno. Un crucificado recorre el barrio de las Palmeras. María Santísima es aclamada por su “S” en el Cerro; desde el Alpargate, el Señor sigue rescatando, y en Poniente, alza la copa de la salvación el Amor de los Amores, mientras la Rosa Mística espera con paciencia el feliz momento de llenar de esperanza a los que lloramos en este valle de lágrimas. Dios rodea Córdoba siempre envuelta en el cuidado protector de su Arcángel, más mimada que nunca por Pascua. Dios sale de San Francisco, calle de la Feria arriba; y es Cristo, que pasa orando: “Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz...” y conmueve.

#### ‘Y EL QUE NO SEPA REZAR EN LA IGLESIA, QUE APRENDA A REZAR EN LA CALLE’

Sólo Dios sabe cuántos han aprendido a rezar en la calle. Sólo María conoce cuántas miradas de fe, cuántos propósitos de conversión sincera han arrancado sus lágrimas de los corazones pecadores. Cuantos deseos de amor y seguimiento arranca la contemplación de los misterios de la Pasión de Cristo.

Esto justifica muchos de nuestros esfuerzos, y al mismo tiempo, supone una gran responsabilidad, que se ha de encarar con temor y temblor, pues un día se ha de rendir cuentas al Señor por los talentos humanos que ha puesto en nuestras manos.

Mi abuelo Juan fue enterrado un Domingo de Ramos muy temprano; él fue el héroe de la infancia de casi todos sus nietos. Mi primo Juan Antonio Susín era costalero en la primera salida procesional de la Sagrada Cena, con diecisiete o dieciocho años, y los ahorros que tenía los ofreció en un sencillo ramo de flores rojas que quedó a los pies de la Esperanza del Valle como signo de plegaria y aceptación de la voluntad del Padre. Pronto empezaron a florecer, pues aquella primera salida sobre una sencilla mesa forrada y con la mitad de los enseres prestados, mereció la pena, sirvió para algo. Este pregonero era seminarista destinado en la Trinidad y se vinculó a la hermandad, su anterior parroquia en santa Eufemia es deudora de su generosidad, ya ha predicado el triduo de la Esperanza del Valle. ¿Cómo continúa la historia?

En años sucesivos, junto a su padre y sus hermanos, mi primo se convirtió en uno de los incondicionales costaleros, su madre es camarera de la Rosa de Poniente, mi hermana ha sido nazarena hasta que ha

podido. El año pasado la hija de aquel costalero y también tú, mi sobrino, recién bautizados, ingresasteis en la Hermandad y salisteis con pocos meses en vuestra primera estación de penitencia.

¡Qué enorme responsabilidad ser hermano mayor! Regir el presente y futuro de lo más querido y sagrado para familias enteras ¡Qué enorme responsabilidad la de los miembros de las juntas de gobierno!, que a menudo sufren por pequeñas cosas y no se dan cuenta del tesoro de almas que Dios les ha confiado. Mientras otros jóvenes pierden la poca fe que se les ha inculcado, aquel costalero novato, de aquella hermandad novata que salía del cocherón de la calle González López, elevó su mirada al Señor de la Fe, y aquel pobre ramo de claveles rojos sigue fresco y retoña cada Domingo de Ramos y cada Jueves de Fe como recordatorio del abuelo que nunca olvidaremos, como promesa de firmeza ante la adversidad, de fe en la resurrección. ¡He aquí la mayor riqueza de una hermandad! Saber ser vínculo con la Iglesia y vehículo de la expresión de fe de los jóvenes que empiezan a despegar en la vida, que desean conocer y dar culto al Dios del Amor. Este es el mayor problema y debe ocupar nuestro tiempo y hemos de ser dignos ante la responsabilidad que el Señor ha puesto en nuestras manos:

#### TALENTOS HUMANOS QUE DAN FRUTOS GENEROSOS DE VIDA ENTREGADA AL SEGUIMIENTO DE CRISTO.

Mientras el silencio de la corporación de la Buena Muerte recorre casi en soledad, de madrugada, la calle Jesús María en busca del templo Mayor, las esposas de Cristo meditan en el interior del monasterio de San José y Santa Ana; mis carmelitas adoran en espíritu y verdad la Presencia Real del que dio su vida en rescate por todos, mientras, el crujido de la plata de los candelabros de cola de la Reina de los Mártires presagia la celebración de la muerte de Cristo en el tableteo de las matracas conventuales tras las rejas. Monasterios de Córdoba, llenos de entrega y de sorprendente juventud: la Encarnación, el Císter de la Inmaculada, clarisas de Santa Cruz y Santa Isabel, capuchinas de S. Rafael, dominicas, carmelitas del Sagrado Corazón, Salesas, esclavas del Santísimo Sacramento y la Inmaculada del Colodro donde hace estación de penitencia el Caído de los toreros cordobeses, lirio carmelita y nazareno del Lagartijo y Manolete; semana Santa íntima de cuidada celebración y honda penitencia, cordobesas de la parroquia de S. Francisco, enamoradas del Señor de la Caridad desde el claustro y la entrega total. Han aprendido a rezar con la vida y el ayuno. A rezar con las risas de la recreación y el locutorio y el absoluto silencio del retiro. Esposas contemplativas desde el tálamo de Cristo, consuelo de tristes y fortaleza de pastores...

“Qué hermoso está el Monumento  
con tanta luz encendía.

Mujeres que estáis adentro,  
despertad si estáis dormidas,  
y adorad al Sacramento.”

Vocaciones y hermandades, dos caras de la misma moneda. Se dice que el termómetro para medir la reciedumbre y la madurez de una comunidad cristiana consiste en el número de vocaciones que se despiertan, por diversos motivos, aunque siempre como iniciativa divina, en su seno. Las vocaciones que han surgido de las cofradías en los últimos años advierten del respeto y la seriedad con que hemos de acercarnos a los jóvenes que llenan nuestras trabajaderas y nuestras bandas o que visten túnica para alumbrar las imágenes de su devoción. Los sacerdotes y seminaristas íntimamente ligados a sus hermandades, son una de las mayores riquezas que podemos atesorar como cofrades: muchos son los factores que influyen en el

nacimiento y fragua de una vocación sacerdotal pero estoy convencido de que la vida cofrade ha tenido su peso específico en la vida de tantos curas jóvenes que han sido: fundadores de mi Vera Cruz, costaleros del Cristo de la Misericordia, del Nazareno, del Prendimiento, de la Sangre, del Silencio en el Desprecio de Herodes, de la Virgen de la Alegría, nazarenos de la Paz y Esperanza, del Crucificado de la Salud, del Señor de la Caridad, de la Buena Muerte, del Huerto, pertigueros, encendiendo y cuidando la candelera de la Merced, y hasta cantando saetas. El año pasado uno de estos acompañó un rato a su hermandad con vara en presidencia, y al oír yo no sé que marcha, se caló el costal y volvió bajo el palo a las órdenes de Curro. (Mi tito Francisco Gálvez llamaba a este sentimiento "costaleritis". Y es una infección sin tratamiento). Este sentimiento es el que nos hace volvernos un poco críticos, por celo, al contemplar actitudes que desdican de los altísimos fines de nuestras corporaciones; tened paciencia, y no nos malinterpretéis, queridos. Cuando vuestros curas acudimos a cualquier acto en la Catedral, o cuando el señor Obispo nos convoca en febrero, buscamos a nuestros hermanos con ansiedad y nos entristecemos mucho al comprobar notables y repetidas ausencias o faltas de piedad y atención en algunas ocasiones; comprended que lo que deseamos es ver cuánto se valora a nuestra hermandad, aunque muchos las tilden de vanas y poco evangélicas, nos mueve el deseo de sentirnos orgullosos de nuestra junta de gobierno, viendo a nuestros titulares en el centro de la vida de los jóvenes, a Cristo ocupando el lugar que debe en los corazones de muchos y todos formando parte de una sola Iglesia, ganándose a pulso el apelativo de orgullo de la Iglesia cordobesa. Dolor luminoso. Resurrección presentida. Muerte y flores, cuerpo descoyuntado y música de capilla, primavera para el alma cristiana que ve acercarse el perdón para sus pecados. Nuestra Semana Santa es una lucha de antagonismos, como sorprende en la Pasión del Cristo el equilibrio recio de las palabras desde la cruz: "¡Dios mío, Dios mío!, ¿Por qué me has abandonado?" y "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu." Compañía y abandono, sombra y luz, dolor mortal que engendra vida, y, siempre, siempre, la tentación que acecha, pero que se convierte en EPIFANÍA DE GLORIA EN GETSEMANÍ.

Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre. El grano de trigo será fecundo, si muere. Esta comparación hoy es válida para el discípulo y para el Maestro, "el que se ama a sí mismo..."; "el que se aborrece a sí mismo..." el morir a sí mismo es el paso indispensable para la vida eterna. Un detalle nos llena de congoja: ese desahogo que revela la condición humana y dolorida de Jesús: "Ahora mi alma está agitada... Padre". La situación psicológica y la expresión de Jesús durante su oración explican por similitud la dramática escena del Huerto de los Olivos: "Me muero de tristeza. Quedaos aquí y velad conmigo." Pero solo permanece el olivo. "Padre, aparta de mí este cáliz". Le repugna la muerte, porque es verdaderamente hombre y porque, como hombre mortal, al saberse condenado a muerte siente verdadero miedo, y, desecho en lágrimas, grita, llora, y suplica a su Padre: "A gritos y con lágrimas presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia, fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna[...]" ¡Oh sublime misterio de caridad divina! Para rescatar al esclavizado por el pecado, has entregado al Hijo<sup>17</sup>. Dios nos conduce a la vida, porque el amor es más fuerte que la muerte. La vida se entrega, porque es para darla. Dar la vida es el camino para hacerla eterna. ¡Cristo!, alza tu rostro al Padre, ha llegado la hora de tu glorificación, vas a morir como el grano de trigo que cae en tierra, para dar el fruto de la Nueva Alianza en tu Sangre para el perdón de los pecados. Y, por la penosa obediencia de la Pasión que está a punto de comenzar, una vez constituido Señor, serás fuente de salvación para cuantos crean en ti. Recibe ahora la misteriosa visita del ángel que viene a confortarte y fortalecerte para la hora que se acerca. Es la hora de la agonía que se consumará en el madero. Es el sentimiento de la Pasión: agonía y victoria, como el pisotón contra la serpiente antigua en la increíble película La Pasión, que pone punto final a la lucha en Getsemaní y da comienzo al prendimiento. Ha llegado la hora. "Padre, glorifica tu Nombre (...) Lo he



glorificado y volveré a glorificarlo."18 Terminada la cena, terminada la oración, bajo el olivo, comienza la glorificación sangrienta del Hijo de Dios. Y, durante el prendimiento, "al decirles 'Yo soy' retrocedieron y cayeron por tierra". "Y volveré a glorificarlo"."